

LO QUE LA PRESA SE LLEVÓ

Qué horror.

Todavía me acuerdo, como si fuese ayer, del momento en el que se derrumbó la presa. Hace poco más de sesenta años, en 1959, cuando 144 personas (entre ellas yo) fuimos arrasadas hasta el fondo del lago. Todo empezó en una fría mañana de enero...

–Hoy terminaremos la obra, señor alcalde –me dijo el técnico de la construcción.

–Excelente. Quiero ver la cara de mi pueblo cuando inauguraremos este excepcional monumento histórico para Ribadelago –dije, orgulloso de mí.

Mi hijo trabajaba en la obra, era un buen constructor, pero él dudaba de la consistencia de la estructura y pensaba que se iba a derrumbar. Yo me reía de él en broma, como si lo dijese para hacerme reír. Debería haberle hecho caso, ese fue mi primer error.

Después de una larga jornada de trabajo, volví a casa, con unas maravillosas vistas al lago.

En cuanto entré, un aroma entró por mi nariz, y mi hijo pequeño de seis años se abalanzó sobre mí disfrazado de lobo.

–¡Mamá, mamá! Acabo de atrapar un ciervo –dijo mi hijo, intentando tirarme al suelo.

Le cogí y le hice unas cuantas cosquillas haciendo que sus risas se propagasen por todo el pueblo.

Qué buenos tiempos aquellos.

–Qué rico –dije con la boca llena, ya sentado a la mesa.

Mi mujer había preparado cocido.

–¿Tú crees? Yo creo que ha quedado un poco soso –dijo ella, dándole vueltas y vueltas.

–No, está perfecto –dije sonriendo.

–¿Hoy has tenido mucho trabajo? –preguntó, intentando cambiar de tema.

–Sí, un poco –respondí, llevándome una cuchara a la boca.

–¿Y tienes que trabajar esta tarde?

–Sí, tengo trabajo pendiente.

–¡Buf! –dijo mi mujer, ahogando la decepción.

Echo de menos la vida. Ahora que soy inmortal nada me importa, excepto mi familia. No dejaría nunca a mi familia e intentaría aprovechar al máximo el tiempo con ellos.

Luego salí. Estuve el resto del día con el inspector, que me dio unos cuantos consejos mientras paseábamos por el pueblo. Me invitó a tomar un café. ¡Qué sabroso era el café!

Y luego vino lo peor.

Empezó con un miniterremoto. Algunos se despertaron extrañados y otros pensaron que no valía la pena. Yo me desperté. Me levanté y, sin despertar a mi mujer, me fui a la calle.

En cuanto salí oí un rugido. Me di la vuelta y vi una masa de agua arrasando casas, personas, animales, farolas y a mí. Fue una sensación horrible. No existen palabras para describirlo. El agua me arrasó llenándome los pulmones del líquido congelado y cerré los ojos.

Cuando los abrí estaba en el fondo del lago de Sanabria, con mi mujer y mis hijos. Llevo más de sesenta años viendo cosas nuevas en la superficie, un barco que según he oído se llama catamarán, algunas piraguas...

Pero lo que nunca me cansaré de mirar es a todas las personas que, en la superficie, juegan en nuestro lago.